

rias vivas del país, de nada servirían los directores mejor preparados y los presupuestos más copiosos.

Los hombres que nos han congregado en este acto de reconocimiento al doctor Pascua representan el comienzo de la realización de ese sentido universal de la Sanidad. La tuberculosis, el paludismo, el cáncer, las enfermedades sexuales, como plagas públicas, han recibido un enérgico impulso sanitario. El problema de la mortalidad infantil—sangría incoercible de nuestra raza—empieza a ser atacado con coraje. La asistencia de los locos, abandonada a organizaciones extraoficiales, casi siempre nefandas, se incorpora por primera vez, tras el noble esfuerzo de unos hombres beneméritos, a una protección inteligente del Estado. Las Ligas para combatir otras plagas de menos cuantía, como el reumatismo o las enfermedades cardíacas, son atendidas con proporcionada largueza. Y, en fin, encuentran su cobijo en la sombra oficial los profundos problemas de la eugenesia en los que está tal vez la clave de todas las inquietudes actuales del mundo y que, pasada ya su fase de propaganda profética y un tanto retórica, debe encontrar en la estructura de esta organización suprema su decoro y su tono de serenidad.

Para iniciar esta obra tan vasta y tan difícil eran precisos un hombre nuevo, pero también un tiempo nuevo. He aquí el tiempo nuevo, amigos míos; el que colma, cualesquiera que sean nuestras preferencias políticas, el optimismo de los españoles comprensivos y generosos. Comprensivos, porque saben auscultar el sentido profundo de los momentos actuales, bajo la agitación anhelosa de la superficie. Generosos, porque saben sacrificar los inconvenientes de hoy con decisión y con alegría, pensando

en la ventaja inexorable del mañana.

Sin tiempos nuevos, el hombre nuevo se ve obligado a seguir, para ocupar los puestos eficaces, un camino penoso, en cuyas zarzas se va dejando prendido lo mejor de su entusiasmo y de su juventud. Es preciso que el cambio súbito deshaga esos obstáculos, que son, en realidad, telas de araña, para que las capacidades inéditas aparezcan como por ensalmo en los altos puestos de la eficacia y de la responsabilidad. Sin tiempos nuevos, el doctor Pascua no hubiera dirigido la Sanidad española, y, sobre todo, no la hubiera podido dirigir con el denuedo de ahora.

El tiempo normal tiene, sin duda, sus ventajas. Pero se nutre devorando las personalidades más útiles, que son apartadas de la organización oficial, y que cuando entran en su órbita están ya desgastadas por la larga preparación precisa para llegar al puesto responsable. En cambio, en los períodos de tránsito se alcanza el mando, como en las guerras, saltando de una vez las categorías intermedias, y se llega a él con el espíritu inédito, sin favores que pagar a nadie, sin el hábito de hacerlos a los demás, sin otro interés que el de todos, el de la masa, de donde se acaba de salir.

A esta virginidad política, hija del momento propicio, se une en el doctor Pascua la larga e inteligente preparación técnica. Preparación, no de libros, sino activa y vivida en las mejores escuelas de la Sanidad actual.

El doctor Pascua ha sido muy combatido. No creo impertinencia el recordarlo. Para crear las bases de un nuevo estado de cosas hay que herir o molestar a muchos, a muchos: a todos los que representan en la organización social la herrumbre de las máquinas gastadas. Es difícil, acaso heroico, asumir este papel. Y más cuan-